

no se entretiene en adornar lo que debe presentarse desnudo.

Sus enemigos—y un hombre como él no podía menos de tenerlos, y muy enconados—le acusan de soñador, de fanático, de querer modelar la sociedad «al absurdo de sus sombríos y funestos delirios»; para ellos Pi es un Robespierre inocente de sangre humana. El, con su inquebrantable serenidad, y como única respuesta, muestra dos pueblos y dos constituciones, realización espléndida de sus sueños «absurdos» de República y de federalismo, Suiza y los Estados Unidos.

No ha habido, eso sí, quien se haya atrevido a poner en duda su sinceridad ni su honradez. En lo íntimo tiene un rasgo que recuerda ciertamente la faz más noble de aquel trágico carácter con quien se le compara, Robespierre. Cuando tenía en sus manos la suerte de su patria; cuando el país, por más que aborreciera la Dictadura, le pedía que fuese Dictador; cuando podía con una simple orden disponer de los Tesoros públicos, vivía en modestísimo alojamiento, que pagaba de su bolsillo particular; en los momentos en que su palabra hacía temblar los monarquistas, y relampagueaba su elocuencia con el fuego de la revolución, los federales le buscaban como su jefe, para tributarle una ovación, y no pudieron hallarle. Se había refugiado, como Robespierre en casa del carpintero Duplay, en casa de un sastre antiguo amigo suyo. ¿Iría allí a evocar también la sombra de Juan Jacobo?

Retirado del poder, siguió viviendo su vida de honrada estrechez, sin aceptar nunca el sueldo que en España tienen los que han sido Ministros, ni pedir ni aceptar nunca los votos de sus amigos para los puestos de elección.

Filósofo de la virtud, verdadero discípulo de Marco Aurelio y de Epicteto, sabe reinar sobre sí mismo, y vivir libre; él comprende que, como dijo el sabio, «la grandeza moral está compuesta de las bajezas y de los ultrajes a los cuales sabe sobreponerse».

Durante su Presidencia se le acusó, no sin cierta razón, de tímido y vacilante, de lento en los instantes en que la acción era más necesaria, en que un rasgo de salvadora energía podía consolidar la República. Cuando el país arde y los enemigos de la libertad apellidan la guerra, él diserta sobre principios abstractos, o inaugura Clubs para la propaganda de las ideas republicanas y federalistas que han de educar a las generaciones del porvenir. Cuando la onda embravecida se le viene encima y sepulta en inmenso naufragio la endeble fábrica de las libertades españolas, él, firme en

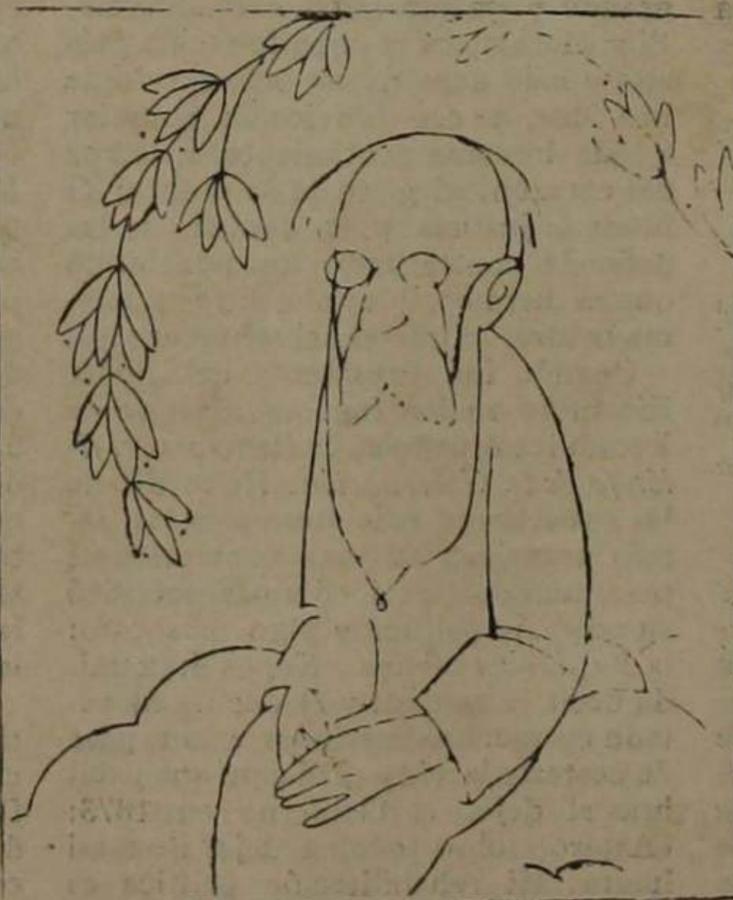
su convicción del triunfo definitivo de sus principios en el tiempo, se envuelve en su manto y espera...

Pi es hoy extranjero entre los suyos, proscrito en su propia patria; nada mejor para su gloria ni para los altos intereses de la doctrina de que es apóstol y mártir. Cuando los perseguidos por César pidieron gracia, anadaron el principio de su partido y legitimaron, por decirlo así, la usurpación del vencedor.

Es preciso que haya grandes solitarios que, alejados de las corrientes impuras, altivos, incommovibles—protestas vivientes—mantengan incólume la tradición de la justicia.

Por lo demás, en vano se buscarían en la severa figura del gran republicano español esos rasgos brillantes que fascinan a las multitudes. Su vida conmueve a los espíritus comprensivos; su carácter es de esos que pueden abrir un nuevo horizonte a la razón, pero que no lograrían inflamar la imaginación.

Rafael Sancio, en su famoso cuadro *La Escuela de Atenas*, sintetizó de manera admirable el carácter supremo de la filosofía antigua. Bañados por la diáfana luz de una aurora, las sienas orladas de nimbo de gloria, los platónicos, en grupo numeroso y ledó, se extasían en la concepción de la escala luminosa de ideas que va hasta la idea primera, hasta Dios; en sus miradas irradia el alma universal, de la cual brota el alma humana «como la chispa brota de la llama», aquello es una apoteosis. En el opuesto lado, casi entre sombras, solitaria y grande, aparece una figura única: Aristóteles.



PI Y MARGALL.—Menos admiradores y más imitadores.

(El Sol, Madrid).

Nunca se ha representado mejor la austeridad de la razón.

El señor Pi y Margall en el cuadro de los caracteres contemporáneos está solo, en la severa penumbra en que el gran pintor coloca a Aristóteles.

CARLOS ARTURO TORRES.

1898.

(Estudios ingleses, Estudios varios, Madrid).

### La memoria de mi padre don Francisco Pi y Margall

Defiriendo a nuestro ruego, don Joaquín Pi y Arsuaga, hijo del insigne Pi y Margall, nos ha enviado las siguientes cuartillas:

#### Recordación

QUÉ hacer el día que se conmemora el centenario del natalicio de nuestro amado padre sino asociar nuestro íntimo sentir al público homenaje que se le tributa? Si la nación siente orgullo de haberle tenido por hijo, nosotros lo sentimos por haber sido nuestro padre amantísimo, que supo prodigarnos todos los beneficios de la paternidad, sin ninguno de sus rigores.

De niños nos colmó de caricias, y siempre se preocupó de nuestra educación y de nuestra cultura. Allá, en la emigración, en París, donde hubo de sufrir escasez y las contrariedades propias a buscar nuevos elementos de vida, parece como que no quiso que de ello nos apercibiéramos, y se esforzaba por enseñarnos la ciudad, sus paseos, sus jardines, sus museos, los lugares de recreo infantiles, mientras quién sabe dónde volaría su pensamiento. A ratos, a modo de juego, aprovechando los momentos en que era posible fijar nuestra atención, sin llevarla a la fatiga, nos enseñaba el alfabeto.

Como ejemplo de la dulzura de su carácter, recordamos que un día, en su ausencia, nos entretuvimos en echar papeles a la lumbre y recrearnos viendo serpentear las llamas y volar las pavesas; tarde se dió cuenta nuestra buena madre del perjuicio que acabábamos de ocasionar y nos anunció severo castigo—los papeles quemados eran nada menos que los recortes que habían de servirle para escribir una correspondencia para *El Siglo*, de Montevideo.—Llegó la hora temida, que regresó de sus ocupaciones, se enteró de lo ocurrido y se dirigió a mí diciendo: «¡Tunante, que no vuelvas a tocar mis papeles!», y salió en busca de periódicos con qué reponer los materiales de trabajo destruidos, no sin antes darnos un beso.

Nuestras enfermedades le producían grande pesadumbre. Había per-